

maximo
nada

NAVIDAD DE 1928



ESPAÑA EVANGÉLICA

Ayuntamiento de Madrid

25 céntimos.

España Evangélica

AÑO IX. — NÚM. 465

Madrid, 20 de Diciembre de 1928

PRECIO: 25 CÉNTS.

EL SANTO NIÑO

DIRÍASE mejor «Entre pajas», y mejor todavía con el evangelista: «Echado en el pesebre», la señal dada por el cielo a la tierra para conocer a Jesús, como daría Él propio, más tarde, la caridad fraterna para conocer a sus discípulos, y la santidad para delatarse a Sí mismo. ¿Puede concebirse cosa más santa que un Dios tan humillado?

Tendido en un pesebre el que reina en los cielos, habitando un establo el que sostiene los mundos, el resplandor de la gloria del Padre entre la paja y el heno, el Omnipotente llorando de frío, por quien todas las cosas fueron hechas, necesitado de todas, el Ser anonadado. Si la humildad forja los santos, la suprema humillación será la suprema santidad forzosamente.

Ya los niños nos encantan; ¡encantaban tanto a Jesús...! Mas, por la diáfana transparencia de sus ojos, en que se ve su alma nitida como ampo de nieve, todavía no se ha ajado ni marchitado nada. Los rayos solares besan sus frentes, como besaron el primer día de su vida la frente de Adán.

Fruto de virginidad, que no de concupiscencia, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón engendrado, sino por la virtud del Altísimo Jesús, nació santo; no, cierto, santificado, aun antes de nacer, al modo que de Jeremías y el Bautista refiere la Escritura, sino santo ya, digno de ser llamado, pues lo era desde su primer instante, el Hijo de Dios.

Había en Él, verdad es, dos naturalezas: una divina e infinita; la otra, humana y limitada, y, por tanto, dos clases de operaciones también; mas el operante era uno, la Persona del Verbo infinitamente santa. Luego la Humanidad de Cristo, santificada por la infinita santidad del Verbo, con quien estaba *hipostáticamente*, personalmente unida, aun antes de abandonar el seno virginal de María, realizaba aquéllas en un grado infinito de santidad, ya que la Humanidad estaba santificada *substancialmente*, dicen los teólogos, y las operaciones del sujeto, como la Filosofía enseña, se atribuyen, no a la naturaleza, y esto siempre, sino a la persona.

Más breve: en virtud de la unión hipostática, Cristo era, *real y verdaderamente*, el Hijo *natural* de Dios, sin dejar de ser, ni por un solo momento, el *Hijo del hombre*, esto es, simiente de la mujer prime-

ra (Gén., III, 15); descendencia de Abraham (Gén., XII, 3; XXII, 18; Hech., III, 25; Hebreos, II, 16); linaje de David, según la carne (Luc., I, 32; Rom., I, 3); mas el Hijo natural de Dios, hombre y todo, ¿no ha de ser santo por esencia? Infinito, inmenso, eterno, ubicuo, no; supuesto que la Humanidad no es capaz de tales propiedades, y si de la santidad infinita, que no es otra cosa, cuando menos su resultado, que la unión hipostática con el Verbo.

Las Escrituras lo proclaman a gritos. El justo, el santo, el inocente (Is., LIII, 11; Lucas, I, 35; Hech., III, 14; Heb., VII, 26.) El ungido por Dios de Espíritu Santo y de potencia; con óleo de gozo, que sólo puede significar los admirables dones del divino Espíritu en su alma humana, *sin medida*, derramado (Heb., X, 38; Salmo XLV, 7; Juan, III, 34). Él lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud tomamos todos (Juan, I, 14-16), y en el cual habita la plenitud *total* de la divinidad *corporalmente* (Col., II, 9), es decir, la esencia divina con la absoluta plenitud de sus perfecciones unida a su humana naturaleza, no simbólicamente a modo de sombra, ni sólo virtualmente a modo de asistencia de la manera que en algunas almas privilegiadas del Antiguo Testamento y en nosotros los fieles, sino *verdadera y personalmente*, con la realidad del cuerpo sobre la sombra (Colosenses, II, 17) o con la misma oposición (1).

Y así, claro es, en cuanto tal Hombre y tal Dios, todos sus actos, aun los más infantiles, eran de infinito merecimiento. El alzar o bajar de sus brazos, más valioso que tachonar el firmamento de estrellas; cada mirada de sus ojos, más pura que la luz; cada lágrima más hermosa que perla de rocío en pétalos de azucena; su sonreír el rielar de la gloria; cada latido de su corazón los siglos y el mundo redimidos,

Si los ejércitos celestiales alababan a Dios aquella noche, que han envidiado todas las noches, era porque la santidad de este Niño sin par desagráviaba a Jehová de los pecados de todos los hombres pasados y por venir, sin ajena justicia ni otro mediador; de tal suerte, que sobre el portalillo de Bethlehem, alum-

(1) El griego trae $\sigma\omega\mu\alpha\tau\iota\kappa\omega\varsigma$ y sabido es que $\sigma\omega\mu\alpha$ significa muchas veces *persona*, cual si dijera, no ya *corporalmente*, sino *personalmente* habita en Él la Divinidad.

brado por la estrella del Oriente, como después sobre las ondas purificantes del Jordán, y la cumbre esplendorosa del Tabor, y la cresta ensangrentada del Gólgota, se abrieron los cielos para dar paso a la Majestad divina, que descendía con cataratas de bienaventuranza sobre el Hijo de su amor y de sus complacencias satisfechas.

Extensión de la gloria aquel pedazo de tierra bethlehemita, competía con el cielo, ni más feliz, ni más santo, ni más hermoso. El *Sancta sanctorum* de Israel no tenía más que hacer en el mundo. Las esperanzas de los patriarcas, los suspiros de los profetas y las plegarias de la gente piadosa de Israel llegaban, sin que los hombres lo sospecharan siquiera, confundido todo con las adoraciones y las alabanzas de los ángeles, en una oración colosal y ferviente que la Virgen-Madre y el «justo» José presentaban con la suya pura al Hijo del Eterno.

¡Bendita rivalidad y emulación sacramental, nunca, acaso, ni igualada ni superada! Aquéllos y éstos, y todos unidos por la fe más viva y el amor más intenso, que iba y venía, sin agotarse, de los unos a los otros, pasando por el santo Niño, su origen y su término, como una corriente magnética que electriza dos hemisferios, como un ambiente placido que todo lo envuelve, como aroma de rosas que perfuma una estancia, como la gracia divina que penetra hasta los más apartados pliegues del espíritu. La Iglesia Cristiana se lo viene cantando hace ya siglos, durante todo el Adviento, en uno de sus más bellos himnos:

«Creador santo del cielo,
luz eterna de creyentes:
Jesús Redentor, escucha
nuestras súplicas fervientes» (1).

Refiere la tradición de César Augusto que en el año 56 de su reinado se le ocurrió subir al Capitolio y preguntar a los adivinos quién a su muerte le sucedería en el Imperio. El oráculo respondió que un niño hebreo, bajado del cielo por disposición divina y nacido sin mancha, tomaría posesión de aquel templo; pero extraño a sus altares. El emperador, inspirado, sin duda, de lo alto, edificó allí

(1) «Creator almae siderum — Aeterna lux credentium — Jesu, Redemptor omnium — Intende votis supplicum». (Ad. Ves.)



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

(Cuadro de Palma el Viejo.)

nismo un altar sobre el cual escribió en lengua latina: «Esta es el ara del Hijo de Dios». *Ara caeli* se llama hoy.

La superstición romana ha colocado allí una pequeña imagen del santo Niño, apellidada el «Bambino». Todo un contraste. Resplandeciente de luz, materialmente cubierto de oro y piedras preciosas, servido de muchedumbre de sacerdotes con remembranzas de paganismo, indulenciado por el Pontífice, recibe las adoraciones de infinidad de curiosos y devotos que van allí, atraídos por su fama de milagroso, a averiguar si mueve las manecitas y los ojos o se sonríe. Y a esto se llama fe; esto que mata el Evangelio y desfigura a Jesús.

¡Qué lección de santidad, de sacrificio reportarán los fieles de la contemplación de un Niño Jesús así! Olvidase la cruz del Calvario que tiene su pie hundido en la gruta desmantelada, y sus raíces, dicelo San Epifanio (1), en las entrañas de su Madre: «Tú, al emprender la redención del hombre, no te horrorizaste del seno de una virgen» (2), que se lee en el gran-

dioso cántico ambrosiano. Olvidase el heno «sobre que sufrió que se recostaran sus débiles miembros, la humildísima cuna que no aborreció» (1). Olvidase, finalmente, aunque nos lo recuerde con los términos más enérgicos San Pablo, que Dios envió a su Hijo, hecho de mujer — ¡tremendo misterio!, exclama el águila de Hipona — (2), para que efectuase la redención. Pero, ¿cómo? *Anonadándose, aniquilándose a Sí mismo y tomando forma de siervo* (Fil., II, 7): ¡qué arrogancia y qué sublimidad de conceptos! *hecho semejante a nosotros*, que éramos nada, supuesto que el pecador, «la nada armada y rebelde» (3), desciende más abajo que la nada; y *siervos*, porque, al decir de Cristo mismo (Juan, VIII, 34), «todo aquél que hace pecado, es siervo de pecado».

¿Qué nos inspira más devoción, más piedad, más confianza, más fe, predicando, como ningún hombre había hablado nunca; mandando a las tempestades, y las tempestades obedeciéndole sumisas; llamando a los muertos, y devolviéndoselos la muerte; transfigurándose y, ya agónico, vistiendo de luto al sol? ¡Vana ilusión! El Dios del Calvario no se diferencia nada del Niño de Bethlehem. Sí,

quizá sí: aquél es un Dios terriblemente amoroso; pero el Dios dormido entre pajas y necesitado del huelgo de un humilde jumentillo y un manso buey, mamando de pechos virginales por Dios mismo llenados (1), *el que harta a las aves* (2), vestido de pecador y santísimo, el Verbo divino, hablando sin decir una palabra; el Eterno Niño de un día (3), *Dios con nosotros*, y hecho como uno de nosotros, ya que Adán impiamente se había hecho como uno de Dios (Gén., III, 22), y no por obras de justicia nuestra así manifestado, más por su sola bondad y misericordia (Tit., III, 4 y 5): el mismo Dios es del Calvario; pero, sin las blasfemias de un pueblo deicida ni las tinieblas que le envolvieron en su último suplicio; paz a la tierra y gloria en los cielos solamente; reverberos celestiales de la más feliz de las noches, desde que hubo día, y villancicos de pastores al unísono de los himnos angélicos de las alturas, donde aquellos espíritus bienaventurados se daban voces, como los otros de Isaías, diciéndose a coro y mirando hacia Bethlehem: Santo, santo, santo; toda la tierra está llena de tu gloria.

AGUIRRE DE ZABALA

(1) «In utero radicem egit.» (Homil.)

(2) «Tu ad liberandum suscepturus hominem non horruisti Virginis uterum.» Del *Te Deum*, viejo cántico de la Iglesia Cristiana española, consignado en la venerable liturgia mozárabe, y de toda la Iglesia Occidental; protestante desde la primera hasta la última de sus letras, y, sin embargo, fuera de algunas Iglesias donde todavía se canta para loa suya, y muy grande, en las más — pena da decirlo — arrinconado ya.

(1) «Foeno jacere pertulit — Præsepe non abhorruit.» (Hymn. Ad Laud. Nativ. Dom.)

(2) *Serm. 2.º de Epiph.*

(3) *Lib. I Offic., c. 12.*

(1) «Ubere de coelo pleno.» (In Circumc. Dom.)

(2) «Per quem nec ales esurit.» (Hymn. cit. Nativ. Dom.)

(3) San Bernardo (*Serm. 1.º de Circumc.*)

LA BENDITA MADRE

DESDE el teósofo e incrédulo (Parny, Pigault-Lebrun) hasta la representación más eximia del misticismo y ascetismo marianistas (Alfonso María de Ligorio, Grignon de Monfort) es infinita la escala y gamas de tratadistas acerca de la persona venerable y cualidades inherentes a la personalidad de la Bendita Madre de Nuestro Señor y Redentor Jesús, que han llegado desde la soez, canallesca y blasfema burla anticristiana hasta la anticristiana exaltación divina de María.

Unos, queriendo desdivinizar a Cristo ante la conciencia humana, creyeron poderlo conseguir lanzando en su contra, cual nota hondamente escarnecedora, la infame y prostibularia sospecha sobre la Madre; otros, al contrario, en vehemente y sano anhelo de defensa, contradijeron a los infamantes con denodada nobleza, pero en oposición diametral a las afirmaciones de sus contrincantes, defendieron tesis inadmisibles. Los descreídos, como los excesivamente crédulos, se salieron del palenque escriturario, y a la blasfemia antibíblica, a la negación de la Divina Palabra, respondió el erotismo piadoso, que irracionalmente atacó la Inmutabilidad Divina, haciéndola susceptible de cambio en virtud y bajo la presión de recomendaciones e imposiciones *maternales*; con lo que quedó plena y entusiásticamente divinizada *in mente* la humilde figura de Virgencita Nazarena a quien rinden verdadera y efectiva adoración sus devotos católicos.

Ni al Hombre-Dios, alrededor de cuya existencia histórica gira, muy a su pesar, la Humanidad entera, puede restar un ápice de sus divinos esplendores la imputación infame de un bastardo origen, ni de la boca del Maestro Divino salió jamás palabra alguna que pueda alegarse como prueba, siquiera remotísima, de la presuntuosa divinización de la *llena de gracia y muy favorecida y bendita entre todas las mujeres*.

Por defecto de fe los unos y los otros, a impulsos de una fe *no edificada sobre el fundamento profético y apostólico, cuya Piedra angular es Cristo, se han apartado todos de la verdad, entregándose de lleno a crédulas leyendas*; con lo que ni en la conciencia humana ha dejado María de ser la honrada y Bendita Madre de tal Hijo, ni ha podido escalar puesto en el trono divinal siendo humana criatura, pues Madre del Jesús-Hombre no puede serlo del Jesús Dios.

Así nos la presenta siempre la Escritu-

ra Santa y así nos arrobamos contemplándola, o en callada y silenciosa meditación espiritual, o viendo su imagen junto a la del Hijo en las más geniales producciones del Arte. Cuando Jesús nace en la fría oquedad del suburbio bethléhmico, cuando el Jesús-Hombre aparece por vez primera al mundo o cuando recibe las ofrendas de los sabios idólatras, está junto a Él la Madre Bendita, la misma que se purifica en el Templo el día en que presenta a su Primogénito, *que no teniendo pecado, por nosotros pecado se hizo*. El «Pasma de Sicilia» nos la presenta cuando sufre Jesús (como hombre,

Divino Niño cuando al ser encontrado en el Templo (nunca como entonces Sabiduría del Padre) le recriminaba blanda y amorosamente. Nunca leímos sin reparo la frase «divina maternidad» sin recordar de modo casi instintivo que en la ocasión más sublime, en culminante momento de la Redención universal, el Hijo no la quiso llamar *madre*, sino simplemente *mujer*.

Esta es la escueta verdad bíblica y evangélica, esto lo que *de fe* hemos de aceptar los cristianos respecto a la Venerable y Bendita Madre de Nuestro Señor Jesús. Y cuando en días como los presentes nuestra alma se extasia ante la contemplación del Jesús-Niño con su Madre, rendimos nuestra adoración plena, absoluta, incondicional, entera, al Jesús por nuestro amor y para nuestro bien humano, reservando para la Madre Bendita, jamás el desprecio, nunca la blasfemia infame, siempre la veneración, el amor humano, el acendrado cariño; no por ser ella, sino por haber sido la mujer a quien Dios entre todas significó para la empresa de que en ella tomara cuerpo el Hijo Divino.

Nunca es más amable el hombre que cuando lo vemos débil, tierno, con la sonrisa inocente en sus labios para cuantos lo rodean; jamás es más encantadora y digna de respeto y veneración la mujer que cuando aparece ante el mundo nimbada con las glorias de la maternidad y siempre es ésta tanto más respetada cuanto de más alta y clara estirpe es el vástago que ha brotado en sus entrañas.

Adoremos, sí, al que con un solo sacrificio y por sola una vez nos ha llevado de esclavitud

a libertad mediante la Redención plena sin necesidad de corredentora; confíemos en el Abogado que *tenemos ante el Padre*, sin que para nada pueda hacernos falta un auxilio a los cristianos que nos presten humanas criaturas, *acójámonos al trono de la gracia por el Único Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo-Hombre*, sin aceptar los pretendidos oficios en que se nos brinde gestión mediadora extraña a la de Jesús.

Adoración, honor, alabanza y gloria a Nuestro Señor y Salvador; veneración, respeto y cariño a su Bendita Madre.

En estos días, nuestros templos y escuelas resuenan con los ecos de voces infantiles que cantan alabanzas al Dios que se encarnó. Y un himno de niños nos condensa la doctrina evangélica sobre este asunto:

El Rey de los Reyes, — Príncipe Celeste,
humilde escogió — el seno virginal,
Dios verdadero — desde el siglo eterno.
Vengamos, adoremos, — vengamos, adoremos,
vengamos, adoremos, — al Rey de Paz.

J. GARCÍA FERNÁNDEZ

LUZ DE DIOS

¡Hace ya veinte siglos que apareciste! Hoy mismo, joh, estrella que brillaste sobre Bethlehem prendida, iluminas las santas rutas del Cristianismo y pones en las almas un resplandor de vida.

Mas a pesar del tiempo, y es mucha la distancia, rosa de luz del cielo, los hombres no te han visto; su corazón se angustia, sumido en la ignorancia. ¡No saben que has nacido para los pobres, Cristo!

Unamos nuestras almas en oración, cristianos. Bajo la estrella mística, trencemos nuestras manos y hablemos al Eterno: «¡Oh, Padre de bondad,

concédenos la fuerza de hacer que el mundo vea la vida luminosa de Cristo, y viendo crea que Tú amas a los hombres de buena voluntad!...»

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

porque como Dios es impasible), y Rubens nos la muestra al pie de la cruz en que agoniza el Jesús-Hombre, redimiendo el Jesús-Dios. Pero no hay ni la más ligera alusión ni el esbozo más mínimo de María en la Transfiguración, en las tentaciones, en los milagros, en el mar aquietado al mandato divino que sale de la boca de Jesús. Sólo en el milagro de las bodas de Caná presencia María el milagro, pero antes el Hijo testifica que en la realización de él nada tiene de común con su madre. Los magos adoraron al Jesús de Bethlehem, pero nada sobrehumano reconocían en la mujer que lo llevó en su seno; cuando alaban al Bienhechor, Él no quiere que llamen *dichosos el vientre que lo llevó y los pechos que lo amamantaron, sino más bien dichosos los que oyen la Palabra del Señor y fielmente la guardan*. Jamás hemos oído, sin compasiva sonrisa, la aplicación a ella de las palabras referentes a la Sabiduría Increada y siempre en estas ocasiones acudió a nuestra mente la idea de que ni ella ni José entendieron las palabras del

ANGELES Y PASTORES

ES un hecho que varios grandes acontecimientos del mundo han sido acompañados, a veces, de manifestaciones o visiones angélicas. En la historia bíblica hallamos ángeles en casa de Lot, que le manifiestan la destrucción de Sodoma; hallamos ángeles en el sueño de Jacob, que formando escala, suben y bajan de los cielos a su cabecera para prevenirle la renovación del pacto hecho a Abraham; hallamos un ángel alentando a Josué en el campamento israelita. No es necesario citar otros muchos casos.

En el hecho de cumplirse lo que constituía el eje de toda la profecía: «Que Dios visitaría a su pueblo», no es sorprendente que los fieles servidores de Dios se manifiesten con mayor esplendor y en mayor número que nunca, ya que este hecho, de visitar Dios a su pueblo para redimirle, y con él a todos los creyentes, era infinitamente más importante que anunciar un castigo, renovar una promesa o alentar a un caudillo.

El nacimiento de Jesús debía conmover a los cielos y a la tierra; a los ángeles y a los hombres, y en él, naturalmente, debían tomar parte los ángeles y los hombres.

El contraste que forman los espíritus selectos manifestando a los rústicos pastores el nacimiento de Emmanuel, tiene, a mi juicio, cierto simbolismo: Cristo es el Señor y el Maestro de los seres más inteligentes y escogidos; y Cristo es, igualmente, el Señor y el Maestro de los hombres más ignorantes y más rudos, y por esto mismo, más necesitados de su doctrina.

Los ángeles, anunciando a los vigilantes pastores de Belén el nacimiento del Mesías; los pastores yendo a Belén, a ver si es cierto lo que los ángeles les han manifestado, forman un contraste sorprendente; pero que puede simbolizar el igual aprecio que hace Dios de lo que nos parece más estimable y de lo que los hombres juzgamos menos apreciable, o por lo menos, lo que nos merece mayor indiferencia. Y es que Jesús nació, vivió y murió por todos: sabios e ignorantes.

Las «nuevas de gran gozo» dadas por

los ángeles a los pastores, son «para todo el pueblo», es decir, para todo el mundo; el himno de «paz a los hombres», cantado por las huestes celestiales en aquella noche apacible y bendita, no hace diferencia de clases de hombres ni de pueblos: es paz universal, para los pueblos todos, y para los hombres todos.

ten hasta consumirse, queriendo descubrir un medio de paz, sin aceptar a Jesús como el Príncipe de Paz.

Aunque el Nacimiento de Jesús, con sus coros de ángeles y con la adoración de los pastores de Belén, es, en las familias cristianas, el más grande y el más alegre acontecimiento recordado cada año, no ocurre lo mismo en la gran familia cristiana; en el pueblo cristiano. Es para la mayoría de los hombres, de los hombres llamados cristianos, un motivo

de momentáneo holgorio; pero no un motivo de seria meditación.

Pero, ¿es que realmente no tiene importancia el hecho de que «Dios ha visitado a su pueblo»? ¿No tienen importancia las «nuevas de gran gozo» para todo el pueblo? ¿No tiene importancia conocer la «buena voluntad de Dios para con los hombres», ni la proclamación de «paz en la tierra»?

Los ángeles anunciando estas buenas nuevas, y los pastores, *dándolas importancia*, yendo a Belén para cerciorarse de la verdad de estas nuevas, invitan a los hombres a oír la voz celestial; invitan a los hombres a buscar la verdad; invitan a los hombres a adorar al Salvador que ha nacido: a Cristo, Príncipe de Paz.

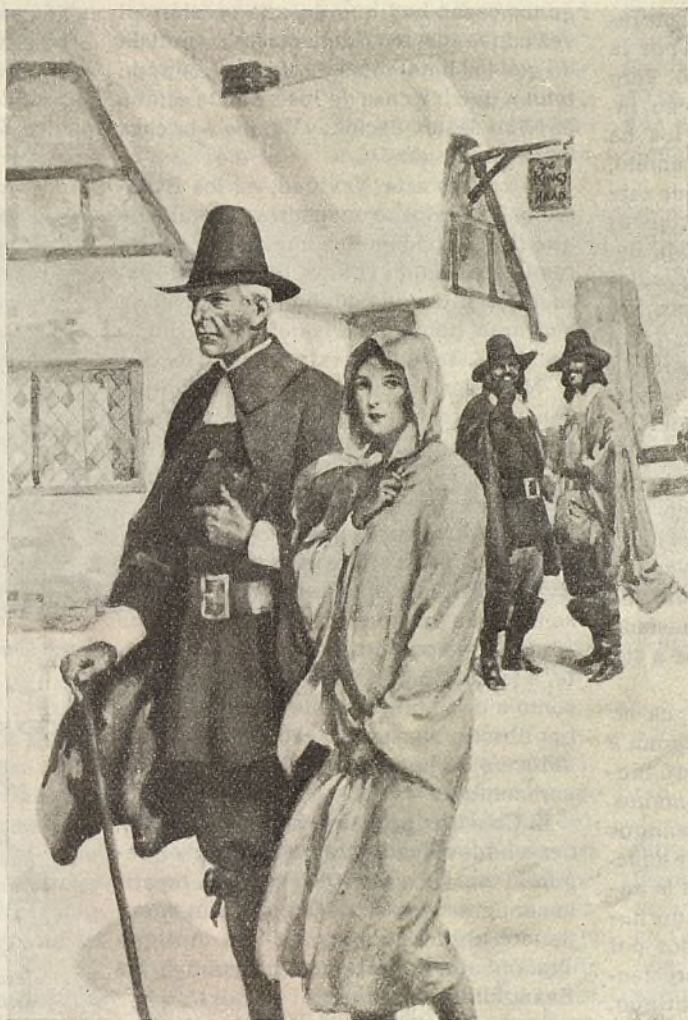
DANIEL REGALIZA

□~~~~~□

¡Oh pequeño Niño del establo! ¿quién soñaría que tú eres un Rey? ¿Quién imaginaría que desde el trono de los brazos de tu dulce madre, tu poder había de extenderse por todas las edades, derribando reinos, estableciendo imperios, cambiando el mundo, y que tantas naciones fuertes habían de reconocerte por Señor y Rey supremo; que

tú, ¡oh dulce Niño! te entronizarías en tantos corazones fieles, que habían de dar alegremente sus vidas, y cuanto les es más querido, por amor de tu nombre? Bien habló el antiguo profeta cuando dijo: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro; y llamarase su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término».

J. H. DENISON.



EL CAMINO ANCHO Y EL CAMINO ESTRECHO

Escena en la mañana de Navidad en una aldea inglesa en 1670.

La pareja de incrédulos fanfarrones, contempla con burlona sonrisa la pareja humilde que forman el padre y su hija, marchando juntos por las nevadas calles, para asistir al culto de Navidad. (Dib. Lunt.)

Y si esa paz no existe todavía de hecho, es porque los hombres ni han querido oír a los ángeles, ni han querido imitar a los pastores. Estos fueron a ver y a adorar al Niño; los hombres no quieren ver ni adorar a Jesús. No ha nacido para ellos: no han cantado para ellos los ángeles; no han querido participar del «gran gozo»; no se han cerciorado de que Jesús, el Niño nacido en Belén, es el mayor de los acontecimientos del mundo; no han hecho experiencia del poder pacificador de Jesús, y luchan y se deba-

La Navidad y los Evangelios apócrifos.

Los Evangelios apócrifos son obras que pretenden completar las relaciones del Nuevo Testamento. Todos ellos son de fecha posterior a los Evangelios canónicos, la mayoría, aun posteriores al Concilio primero de Nicea del año 325.

Es natural el deseo que tienen muchos de saber, acerca de la vida de Nuestro Señor, algo más de lo que hallamos en el Nuevo Testamento, y algunos autores habrán sido movidos a escribir, por la intención de satisfacer este anhelo. Pero aun reconociendo en éstos la buena intención, debemos decir que no los ha acompañado el acierto. Otros, en cambio, tenían el propósito de propagar por este medio sus doctrinas gnósticas, maniqueas o judaizantes, y el resultado ha sido desastroso, pues se hallan no pocos pasajes que serían blasfemias, si no fueran tan sumamente estúpidos.

Jesús, la revelación completa y perfecta del amor divino, aparece en ellos vengativo, cruel e indisciplinado; el poder de realizar milagros, que, según el Nuevo Testamento, ha empleado únicamente para hacer bien a otros, y nunca en provecho suyo, ni aun para satisfacer el hambre, ni en defensa propia, lo usa, según esos escritos, para dar vida a pajaritos de barro, para estirar una tabla demasiado corta, o para convertir en cabritos a sus compañeros de juego.

Con razón, pues, la Iglesia antigua no ha querido reconocer autoridad alguna a estos libros. Papas y Sinodos, historiadores y teólogos, protestantes y romanos, los desechan. Heterodoxos o enemigos del Cristianismo, son la mayoría de aquellos que los aprueban y utilizan en la antigüedad. Sin embargo, y a pesar de haber sido reiteradamente condenados por la Iglesia católica, han seguido apareciendo de nuevo, y de un modo casi continuo, en la literatura cristiana. No pocos de los detalles que en ellos se encuentran, han hallado acogida en las leyendas, y aun en trozos del breviario romano. María de Agreda usó muchos de éstos en su obra, tan estimada en los últimos dos siglos en Francia, Italia y España.

Es natural que entre los cristianos de la edad primitiva de la Iglesia se conservaran ciertas tradiciones referentes a la historia de Jesús, que no se hallan en los Evangelios canónicos, como también que se recordaran algunos dichos, que los evangelistas no han apuntado. «Más bienaventurada cosa es dar que recibir», no se halla en los Evangelios. Algunas palabras y enseñanzas se leen en el Códice D, que no vemos en otros manuscritos, como aquella escena del hombre que Jesús encontró cortando leña en sábado. En los «Logia», acaso se hayan conservado también ciertas palabras auténticas

de Jesús. Pero, en general, los libros apócrifos, lo mismo que muchas leyendas, llevan un sello especial, que permite ver inmediatamente la contradicción manifiesta con el espíritu y la intención de Jesús en que se encuentran.

Hay una diferencia grandísima entre los Evangelios apócrifos y aquellos libros del siglo II, que llamamos «Padres apostólicos», aunque estos últimos tampoco alcancen la suprema belleza, sencillez y pureza de los Evangelios auténticos.

Poco bueno se encuentra en ese montón de paja, tamo y lodo, que se ha reunido en los apócrifos; sin embargo, algunas cosas hay que en esta ocasión tal vez convenga recordar, como la noticia de que los habitantes de Nazaret, cuando tenían que ir a casa de José, donde estaba el Niño Jesús, decían: «Vamos a la casa de la afabilidad».

En cuanto a la Navidad, en los Evangelios apócrifos se encuentra el detalle de que Jesús nació en una cueva, cerca de la tumba de Raquel (Lucas dice: en un parador) (1); de que un buey y un asno le adoraran (tomado de Isaías, I, 3, y Habacuc, III, 2, según el texto griego); de que el Niño Jesús, en la marcha a Egipto, venció a dragones y otras fieras (adaptado del Salmo CXLVIII, 7-10, e Isaías, capítulo XI, 6-9); de que una palmera inclinó sus ramas para que pudieran coger de sus frutos, y otras cosas por el estilo.

Cuanto más se lean y estudien los Evangelios apócrifos, tanto más motivos se hallarán para dar gracias a Dios de que «tenemos la palabra profética permanente, a la cual haréis bien de estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar obscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones».

El Concilio primero de Nicea, en 325, desechó los Evangelios apócrifos; el segundo de Nicea, en 787, volvió a repetir la condenación; el de Trento, aun admitiendo algunos apócrifos del Antiguo Testamento, no reconoció ninguno de los Evangelios apócrifos.

Los evangélicos, usando de la autorización y del mandamiento dados en 1.^a Tesalonicenses, V, 21, los estudiamos como documentos históricos, no ciertamente en cuanto a la vida de Jesús, sino para conocer la mentalidad de ciertos cristianos o semicristianos de diferentes épocas, teniendo muy en cuenta las palabras 1.^a Corintios, XIV, 20 y Mat., VII, 16-18.

JORGE FLIEDNER

(1) Por cierto, con detalles que dieron origen a una leyenda, según la cual, una reliquia muy particular fué conservada en un vaso de esencia de nardo.

**ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA**

La Madre y el Niño. (Villancico.)

Para Enrique C. H.

*Ven, palomica blanca,
la del dorado pico,
la que arrullando tejes
en la enramada el nido.
Ven, blanca palomica,
ligera cual suspiro,
y arrulla el dulce sueño,
gozosa, de mi Niño.
Venid, brisas rientes,
las que con manso ruido
cruzáis el verde prado
do pace el corderillo.
Venid, vuestro concierto
halague los oídos
de mi dormido Infante,
de mi adorado Niño.
Venid, alegres aves,
las que de dulces trinos
llenáis la espesa selva
cuando el día es venido.
Venid ahora a mi lado,
para velar conmigo
su sueño, y si despierta
y llora, entristecido,
cantad para que duerma
de nuevo el dulce Niño.
Y calle el cielo y tierra,
el blando cefirillo
que juega con las flores
cubiertas de rocío;
que ahora, dulcemente,
reposa el Amor mío:
todo calle un instante...
que el Niño está dormido.*

J. CHICHARRO DE LEÓN

~~~~~

## Jesús i l'infant.

*Jesús la glòria retreia  
que al cel els justos tindran,  
i un dels Apòstols li deia:  
— Qui serà allí el més gran? —*

*Al bell mig de la rodona,  
Jesús posa un infantó,  
sent-li d'aquella corona  
cada deixeble un floró.*

*Amb una estreta abraçada  
a son Cor diví l'uneix,  
i amb una dolça alenada  
son Esperit li infundeix.*

*— Qui vulga entrar en la Glòria,  
— diu, mostrant-los-hi amb el dit,  
trepitjant la vanaglòria,  
que es faça com ell, petit.*

*A qui s'exalta, algun dia  
el veureu humiliat;  
qui ara, ací baix s'humilia,  
serà allí dalt exaltat.*

*La porta del cel és baixa,  
l'orgullós no hi entra, no;  
hi entra tan sols qui s'abaixa  
al nivell d'eix infantó.*

*No s'alça un arbre en la serra,  
si no hi enfonsa l'arrel;  
el més petit en la terra,  
serà el més gran en el cel.*

JACINT VERDAGUER



# EL GABAN DEL SR. MARTINEZ

## (Cuento)

NADIE es capaz de imaginar la impaciencia con que el gabán del señor Martínez esperaba la mensualidad extraordinaria que, con motivo de la Navidad, tenía que percibir su dueño.

Diez inviernos de servicio cotidiano, yendo mañana y tarde con regularidad invariable a la oficina, creía que le daban razón sobrada para desear honroso retiro. Sus compañeros de otros tiempos habían ido desapareciendo uno tras otro; y ahora, en la percha donde pasaba la mayor parte del día, se veía confundido con flamantes jovenzuelos, que, engreídos de su corte moderno, lo miraban con cierta desdenosa cortesía o con benévola compasión; y si no lo despreciaban, era porque el gabán del señor Martínez era un viejo respetable y de buena calidad, tan esmeradamente cuidado, que no se le vió nunca una mancha ni una arruga, y en el que los zurcidos, hábilmente disimulados, impedían descubrir los estragos que en él habían hecho el tiempo y el uso.

Por fin, este año la cosa parecía ir en serio; el sábado, por la noche, cuando, según su costumbre, la esposa del señor Martínez estaba cepillándolo y reconfortándolo con el suave calor de la plancha, el gabán del señor Martínez oyó, no sin emoción, que decía:

— Este año sí que es preciso destinar la mensualidad extraordinaria a comprarle otro gabán; este pobre ya no puede más.

— Veremos, veremos; ya es éste el tercer año que nos los proponemos, y aún no ha sido posible.

Una sombra obscureció el rostro de doña María, y el gabán sintió temblar ligeramente la mano que se esforzaba en arreglarlo. Él también se entristeció con el recuerdo; hacía dos años el dinero destinado a proporcionarle sustituto se lo llevó la enfermedad y entierro de la madre de doña María; el año siguiente fué la enfermedad de Carlitos, a quien por fin lograron salvar; este año...

La voz de doña María se oyó de nuevo: — Todos los años no ha de ser igual, y, si Dios quiere, esta Navidad la pasaremos sin enfermedades y podremos renovar esta prenda, que bien lo necesita.

— Es verdad; pero mira, gracias a tus

cuidados, siempre está decente; más preferiría que te comprases uno tú y que le hicieras otro a Carlitos, que se empeña en que no hace frío, por no ponerse el que tiene, y que, realmente, le está pequeño.

— No, no. Tú eres el que más sales y el que más lo necesitas. El mío lo reformaré, y quedará bien; a Carlitos le haré uno de este tuyo; como la tela es buena, y podré quitar lo que está más gastado, quedará bien.

El gabán ya no atendió más a la conversación. Sólo llegaban a él palabras

pero todos los empleados trabajaron con ardor, y a las cuatro, recogidos los libros y cerrados los pupitres, no esperaban más que la felicitación del señor Ortiz para marchar rápidamente a sus hogares y prepararse a celebrar las Pascuas.

El gabán del señor Martínez observaba todo el movimiento de la casa con ansiosa emoción. Pensaba que era el último año que presenciaba aquel espectáculo, y recordaba lo ocurrido en semejante fecha otros años, especialmente el último, en que el señor Martínez cogió angustiosamente la cantidad que le permitiría llevar

a su casa un especialista, si su hijo vivía aún cuando él llegase.

La voz de un joven compañero le sacó de sus meditaciones:

— Oiga, abuelo, ¿qué esperan ahora nuestros dueños? ¿Por qué no nos vamos?

— ¿Qué esperan? ¡Ahí es nada! La mensualidad extraordinaria que el señor Ortiz acostumbra dar a todos los empleados de la casa

para celebrar las fiestas.

— Ahí está el gerente; no sé qué esperan.

— Esperan — añadió con cierto tonillo oficioso el gabán del señor Martínez — la llegada del señor Ortiz, que quiere ser él mismo el que felicite a sus empleados. El año pasado, convaleciente aún de la gripe, vino tal día como hoy, pues dice que sentiría mucho no poder seguir esta costumbre que su difunto padre implantó en la casa.

— Ahí viene el señor Ortiz — exclamó un gabán de mediana edad, muy amigo del de Martínez.

En efecto; un caballero elegantemente vestido, de modales correctos y rostro fino y serio, cruzó la antesala y penetró en su despacho. A su paso el silencio fué general. Pronto empezaron a pasar rápidos los ordenanzas, llamando a los jefes y empleados. Los gabanes, en la percha, continuaban su conversación:

— Sí, es muy raro — decía a sus compañeros el gabán del señor Martínez —, y aún lo extrañarais más si conocierais al señor Ortiz como le conozco yo. Un hombre que sólo habla con el gerente o los jefes de sección; que tiene terminantemente prohibido que se cruce una palabra que no esté relacionada con el trabajo; que no quiere saber nada de la vida



El sábado por la noche, cuando, según su costumbre, la esposa del señor Martínez estaba cepillándolo y reconfortándolo con el suave calor de la plancha...

sueñas; algo de un atlas para Carlitos, no sé qué de una muñeca para Mariita... Mientras los esposos se ocupaban de sus hijos, el gabán se sentía invadido por dulce alegría. Volvería a ser joven; sería otra vez nuevo; iría todo el día con Carlitos, aquel niño querido, tan guapo, tan aplicado e inteligente; concurriría con él a la Academia; presenciaría y tomaría parte en los juegos infantiles; vería otras calles, otras plazas, de las que sabía ya de memoria, y todo esto le parecía mucho más interesante que pasar la mañana y la tarde tan aburrido como solía en la percha de la Banca Ortiz, donde el señor Martínez prestaba sus servicios.

La alegría le asomó a la superficie, hermoseándolo, de suerte que doña María, que lo remiraba antes de colgarlo, dijo a su marido:

— Ya verás; lo volveré del revés y quedará como nuevo.

\*\*\*

Fueron pasando los días, todos de veinticuatro horas, sin alterar su marcha por la impaciencia del gabán del señor Martínez, y llegó el suspirado de Nochebuena, con su bullicio y su trasiego acostumbrados. En la Banca Ortiz el trabajo fué extraordinario. A las dos, cuando se cerró al público, aún quedaba mucha tarea;





Subieron en el lujoso coche que esperaba...

privada de sus empleados, aunque envejecan en su casa; pues, según dice, lo único que le importa es si aquí cumplen o no; un hombre tan serio, tan rígido, y en cambio, cuando llega este día, hace cualquier sacrificio por estar en su despacho y estrechar la mano a todos, deseándoles felices Pascuas.

El gabán del señor Martínez calló sorprendido. En el calor de su peroración no advirtió que se quedaba solo. Su último compañero salía ya por la puerta. El pobre gabán se estremeció. ¿Qué era aquello? Por la antesala paseaba el señor Martínez, y en su rostro pálido se leía la misma ansiedad que experimentaba el gabán. A la puerta del despacho del señor Ortiz los ordenanzas, alineados, iban entrando, y salían poco después con el rostro radiante y el paso rápido.

Durante los diez años que el gabán había asistido a la Banca Ortiz nunca se había dado el caso de que un empleado de más categoría quedase pospuesto a los ordenanzas. El gabán se estremeció. El señor Martínez, muy demudado, lo había cogido y se lo ponía con ademán irresoluto, sin saber qué hacer. ¿Pensaría marchar sin...? El gabán del señor Martínez sentía los fuertes latidos del corazón de su dueño, mientras éste cogía el sombrero y lo miraba con aire triste. El pobre gabán estaba consternado.

De pronto salió del despacho el último ordenanza, y acercándose al señor Martínez, que parecía dispuesto a marcharse, le dijo:

— El señor Ortiz, que pase.

El señor Martínez tosió ligeramente, se embutió más en su gabán, y éste le oyó murmurar:

— ¿Será el despido?

No; no era el despido. Allí estaba el señor Ortiz con su rostro fino, iluminado ahora por amable sonrisa. Allí estaba también el sobre que contenía la gratificación para el señor Martínez, y pronto los dos hombres se estrechaban la mano y se hablaban, por única vez en el año,

para desearse feliz Navidad y próspero Año Nuevo.

El gabán del señor Martínez ya respiraba tranquilo viéndose cerca de la puerta abrigando a un hombre feliz, cuando la voz del señor Ortiz les devolvió:

— Oiga, señor Martínez, ¿haría usted el favor de acompañarme un momento a mi casa? Tengo que decirle algo... Es sólo un momento.

Salieron. Subieron en el lujoso coche que esperaba, y

a los pocos momentos cruzaba veloz las calles y plazas profusamente iluminadas. El gabán del señor Martínez se sintió orgulloso por un momento; luego, observando la compasiva mirada de su elegante compañero, el gabán del señor Ortiz quedó algo confuso.

Pero los fuertes latidos del corazón de su amo absorbieron completamente su atención. Como le conocía tan bien, pronto adivinó sus pensamientos; y la preocupación y los temores de su dueño, dado lo inusitado del caso, le preocuparon a él también. ¿Qué iba a pasar? ¿Tendría que seguir sin sustituto, asistiendo cada día a la oficina? ¿Sería un sueño su transformación en un gabán joven y moderno que iría con Carlitos al Instituto? Pronto saldría de dudas; pues, siguiendo al señor Ortiz, se encontraban en su suntuoso despacho.

El gabán del señor Martínez nunca había visto habitación semejante, y contemplaba abstraído las alfombras, los cuadros y tapices, cuando la voz del señor Ortiz y un estremecimiento de su dueño, le hicieron volver en sí.

— Señor Martínez, dispense usted la libertad que me he tomado; pero... le he hecho venir para... darle un gabán. Lo compré en París el mes pasado, y no lo he llevado más que tres veces, porque me viene un poco estrecho. A usted le vendrá bien.

El señor Ortiz dijo todo esto casi sin mirar al señor Martínez, mientras tocaba el timbre y daba las órdenes necesarias a su criado, que de allí a pocos momentos volvió con la prenda pedida.

El gabán del señor Martínez estaba tan emocionado como su amo, que, clavado en medio del despacho, tuvo que hacer violentos esfuerzos para poder decir:

— Gracias, señor Ortiz, muchas gracias... Yo... usted no sabe... ¡Gracias, muchas gracias!

El señor Ortiz colgó el gabán del brazo del señor Martínez, y acompañándole hacia la puerta, le dijo:

— Vaya, señor Martínez; no me dé a mí las gracias; déselas, más bien, a este su buen amigo — y al hablar así pasó suavemente la mano por el viejo gabán —, que, desde la percha de la oficina, me ha hablado con la elocuencia de sus zurcidos, con su limpieza y decencia, de nobles sacrificios, de hermosa vida de familia, de santos amores que yo no poseo.

El gabán del señor Martínez, algo confuso por aquella su elocuencia que él ignoraba, no vió la sombra de tristeza que oscureció por un momento el rostro afable del señor Ortiz.

Momentos después el gabán del señor Martínez, con las puntas ondulando al viento, reía por un boquete que su satisfacción abrió en la costura del hombro derecho; mientras el señor Martínez tropezaba con los transeúntes, y corriendo cuanto la buena educación le permitía para comunicar lo ocurrido a su familia, murmuraba entre dientes:

— ¡Gracias, mi viejo amigo; gracias a tu elocuencia!

\*\*\*

Ninguna Navidad había sido tan feliz como aquella para el gabán del señor Martínez. Por la mañana jugó con su querido Carlitos, quien contándolo como suyo se había envuelto en él y corría por toda la casa alegre con el pensamiento de que iba a tener un gabán nuevo. Luego, desde la percha del recibidor, vió a la familia alrededor de la mesa bien provista, y rió por su abertura del hombro derecho con las ocurrencias de los niños y con sus gri-



Por la mañana jugó con su querido Carlitos...

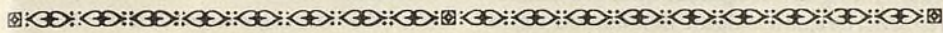


tos de alegría al ver aparecer el pavo y el turrón; ya avanzada la tarde, y como la conversación de los esposos recayese por centésima vez sobre la elocuencia que en él había descubierto el señor Ortiz, sintió sobre sí las cariñosas miradas de toda la familia, y vió cómo el señor Martínez, in-

terpretando sus deseos, besaba la mano de doña María, aquella mano que tan cuidadosamente lo había planchado, lo había limpiado y zurcido...

CAROLINA HAGLUND ARMENGOL.

(Dibujos de Máximo Ramos.)



## NAVIDAD EN BETHLEHEM

**L**A mañana de Navidad en Bethlehem! ¡Qué escena presenta la pequeña ciudad! El amplio mercado está lleno de gente vestida de fiesta, casi todos cristianos. Voces alegres llenan el aire con los saludos amables que unos a otros se dirigen.

Multitud de peregrinos, principalmente rusos, llegan rendidos y empolvados del camino, pero con un aire de paz en sus curtidos rostros, como si se hubiera, al fin, cumplido el supremo deseo de sus vidas. Los hombres van vestidos con largos abrigos y botas altas, y llevan en su mano un fuerte bastón. Generalmente llevan la cabeza descubierta. El vestido de las mujeres es muy semejante, con la adición de una falda corta que llega hasta debajo de las rodillas, y un pañuelo atado a la cabeza. La mayoría de ellos son de edad madura; algunos, ancianos.

Los grupos de bethlehemitas presentan una apariencia muy diferente. Los hombres ostentan vistosos turbantes y fajas, y las mujeres su pintoresco vestido, consistente en una túnica azul de largas mangas, con un cuadrado rojo bordado en el pecho. Una pequeña chaqueta de color escarlata o azul, bordada con sedas de muchos colores, con mangas que lleguen hasta el codo, y el antiguo tocado de las mujeres en Palestina, que solamente las bethlehemitas conservan, completan su vestimenta. Este tocado es una especie de montera, adornada con una hilera de monedas y sujeta bajo la barba con una cadenilla, también de monedas pequeñas. Un velo blanco lo cubre, cayendo graciosamente sobre los hombros.

Abriéndose camino por entre la muchedumbre de gente de fiesta, cruzamos la plaza y entramos en la iglesia de la Natividad. La puerta es muy estrecha y baja, construida así para impedir al insolente conquistador musulmán que entre a caballo en el sagrado recinto. Pasando junto a los centinelas turcos, allí puestos para conservar el orden, nos hallamos, por fin, en la antigua iglesia edificada por Santa Elena. Se dice que es la iglesia cristiana más antigua que existe en el mundo. Todo revela su antigüedad. El gran edificio está desnudo de ornamentación, aparte de las columnas de mármol de una pieza y de la curiosa pila bautismal. Una parte del techo está sostenida por maderos de sólido roble inglés, que los cruzados de aquella nación llevaron desde tan lejana tierra en tiempo que

el edificio necesitaba algunas reparaciones. Llegando al extremo de la iglesia, seguimos una larga fila de peregrinos que desciende por una pendiente escalera a la gruta. Aquí, a la débil luz de las lámparas que cuelgan encima de ella, contemplamos la gran estrella de plata que marca el sitio donde, como nos dice el sacerdote, «el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros».

Toda la cueva y la gruta forma parte de la sólida roca sobre la cual está edificada la iglesia. Es uno de los pocos lugares sagrados sobre los cuales hay muy poca o ninguna disputa. Aquí estuvo muy probablemente la antigua «khan» o posada, y las cuevas rocosas se usaban, como se usan hoy en todo el país, para cobijar el ganado durante el invierno. Es también una costumbre muy corriente entre la gente de clase pobre dormir bajo el mismo techo y cerca de las bestias de cuadra.

Las paredes están adornadas con lámparas y cuadros. Los peregrinos entran y salen. La mayor parte de ellos se arrodillan, oran, y besan reverentemente la estrella antes de abandonar el sagrado recinto.

En la penumbra de un rincón apartado aparece un soldado turco, el brillo de cuya bayoneta de acero rivaliza con el de la estrella de plata. ¡Así se encuentra representada la guerra de día y de noche en el mismo lugar del nacimiento del Príncipe de Paz!

Más tarde vamos a visitar el campo de los Pastores. Dejando a Bethlehem con sus estrechas y animadas calles, descendemos lentamente la falda de la colina sobre la cual la ciudad está edificada.

El camino, serpenteando por entre viñas, de las cuales lo separan tapias bajas de piedras amontonadas, es algo pendiente y escabroso; pero pronto llegamos al llano, por el cual nuestras cabalgaduras caminan más fácilmente siguiendo la senda trillada. Delante de nosotros la monótona llanura del terreno se rompe por un grupo de viejos olivos rodeados por los restos de una tapia. Llegamos al sitio, nos apeamos y entramos en el cercado. El terreno es muy pedregoso y está lleno de arbustos y granados medio silvestres, sobre los cuales los viejos olivos extienden sus ramas como bendiciéndolos.

En el centro del cercado se encuentran las ruinas de una antigua capilla construida encima de una cueva, una de las

cien que se encuentran por todas partes en Palestina. Unos cuantos peldaños tallados en la roca nos conducen al interior. Descendemos cautelosamente, y entramos en una cueva amplia y bastante alta. Encendiendo una luz, nuestro guía señala en derredor suyo con su mano extendida, y dice sencillamente: «Aquí es donde los pastores oyeron el mensaje de los ángeles».

¿Y por qué no? Los rebaños estarían al abrigo de los fuertes vientos y de las tormentas de granizo que tan a menudo barren las montañas de Judea en invierno, mientras que los rudos pastores bethlehemitas estarían echados a la entrada con sus armas a mano para defender a sus ovejas de las fieras que pudieran acercarse.

La cueva está toscamente dispuesta como capilla. Unos pocos asientos, una especie de altar y en las paredes varios cuadros curiosos. Uno de nuestro Salvador, otro de San Juan Bautista y dos, muy notables, de San Jorge y el Dragón.

Al salir de la capilla nos vamos al lado del cercado que mira en dirección opuesta a Bethlehem. El terreno es muy solitario. No se ven más que extensos campos, que pocos meses después se encontrarán cubiertos de verde trigo; más allá, colinas pedregosas y estériles, y en el horizonte, como un muro azul, las montañas de Moab.

¡Cuán a menudo debe haberse parado la dulce Rut, mientras espigaba en los campos de Booz, y poniendo la mano sobre los ojos para hacerse sombra, debe haber mirado a la tierra lejana de su infancia!

Dejamos con cierta melancolía un lugar tan lleno de santos recuerdos, y emprendimos nuestra vuelta a Bethlehem, tal vez por el mismo camino que hace dos mil años siguieron aquellos pastores que fueron los primeros mensajeros de las «nuevas de gran gozo que será para todo el pueblo».

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

### Precios de suscripción:

|                                                                   |           |
|-------------------------------------------------------------------|-----------|
| Un año . . . . .                                                  | 8 pesetas |
| Seis meses . . . . .                                              | 4 »       |
| Extrajero: Un año . . . . .                                       | 15 »      |
| Seis meses . . . . .                                              | 8 »       |
| América: Un año . . . . .                                         | 2 dólares |
| Seis meses . . . . .                                              | 1 dólar   |
| No se admiten suscripciones por menos de seis meses.              |           |
| Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio. |           |

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590



## Las fiestas de Navidad

**N**O vamos a referirnos a las fiestas diversas — familiares, gastronómicas y callejeras — que se celebran en estos días de Navidad, sino a nuestras fiestas de niños, a estas fiestecitas infantiles, con las cuales los colegios y centros evangélicos conmemoran el natalicio del Hijo de Dios.

¡Las fiestas de niños! Decídmelo si hay algo tan encantador en su sencillez, tan agradable en su misma ingenuidad, como esas fiestecitas en las que los pequeños recitan y cantan poesías y canciones alusivas al nacimiento memorable.

Los niños cantando al Niño. Sus voces entonando las notas de un villancico — del villancico evangélico, inspirado y alegre — nos emocionan y nos hacen pensar en los ángeles y en sus maravillosos conciertos. (No pretendamos cantarlo los mayores, porque entonces sería un desconcierto.) Y cuando sus labios recitan los versículos del Nacimiento o las poesías escogidas, nos deleitan con su gracejo natural y espontáneo, haciéndonos sentir como niños y recordar los años de la infancia.

Ardua tarea — e ingrata, por supuesto —, la de los profesores que tienen que enseñar en pocos días y con no muy sobrados elementos a los pequeños para que resulte la fiesta amena y atractiva.

Pero ellos, los maestros, ven siempre en cierto modo recompensado su enorme trabajo, por el gran interés que despiertan las fiestas de niños, entre propios y extraños.

Y es natural que así sea. La Iglesia oficial, tan poderosa y tan rica en toda clase de elementos materiales, no tiene estas fiestas de niños, tan agradables y tan evangélicas.

Siguiendo su costumbre, a lo Juan Palomo, rara vez deja que suene la voz del pueblo bajo los muros de sus templos suntuosos. Por eso a la gente le gusta tanto oírlos cantar en nuestros cultos, y acude gustosa a ver y oír cómo los niños entonan canciones y dicen poesías, contagiándose de la alegría infantil y sintiendo la Navidad de un modo distinto a como hasta entonces la habían sentido. Todo lo saborean y todo lo celebran, porque todo lo entienden.

Ahora, convencidos de la bondad, y aun de la necesidad de las fiestas de niños, se nos permitirá hacer unas observaciones. Allá van, y sea lo que Dios quiera.

Las fiestas de niños suelen adolecer de largas. Esto no es una falta, claro está; pero, ¿por qué han de durar cuatro o cinco horas? Una fiesta no debe ser interminable. Acórtese el programa, si es preciso; que no es razón el que haya 100 chicos en un colegio para que nos endosen un centenar de poesías. Los niños se fatigan y no digamos los mayores, que, a excepción de los que madrugan para co-

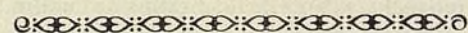
ger el sitio mejor — y éstos suelen ser siempre los de casa —, sería cosa de pedir para ellos una nueva medalla de sufrimientos...

Selección cuidadosa del programa. Las poesías podrían ser más variadas, si se lo propusieran nuestros poetas evangélicos. Diálogos escogidos, que, sin perder la sencillez, no caigan demasiado en la ñoñez o en la cursilería. Y que suenen las panderetas, aunque la fiesta se celebre en una iglesia.

Los versículos que los niños acostumbra a decir de memoria, debieran ser más adecuados. Por ejemplo — y ha de constar como particular apreciación de quien esto escribe —, un niño sale a la plataforma, y dice a voz en grito: «La paga del pecado es muerte», o aquello de: «Molido por nuestras rebeliones», ¿no os parece que eso «pegaría» mejor en Viernes Santo? Es como si entre villancico y villancico nos cantasen el himno «Del madero tú, amor mío». (Tenemos en cuenta que el Niño acaba de nacer.)

De todos modos, y a pesar de los lunares antes apuntados, nuestras fiestas de niños, con sus poesías, sus cánticos y sus arbolitos de Navidad, son, en medio de la grosera ordinareidad de otras fiestas, como el consabido oasis en la inmensidad del arenoso desierto.

ALEX.



## La Navidad del torrero

*Firme en medio de la mar,  
entre las olas y el viento,  
está el faro, que en la noche  
luz envía al marinero  
que va surcando las aguas,  
y a favor de su reflejo  
puede esquivar los escollos  
y arribar a feliz puerto.  
Habitante en ese faro  
su vida pasa el torrero,  
aislado de la familia,  
amigos y compañeros;  
mas es santa su misión  
y muy honroso su empleo,  
pues que su tiempo dedica  
a cuidar del bien ajeno.*


*Es noche de Navidad:  
de aquel glorioso suceso,  
en que por salvar al hombre  
Jesús desciende del cielo.  
Tranquila se halla la mar  
y en completa calma el viento,  
pues todo en Naturaleza  
presta homenaje a su Dueño.  
De improviso, al faro llegan  
lejanos y alegres ecos  
de cánticos, que acompañan  
pastoriles instrumentos.  
Al oírlos, melancólica  
queda el alma del torrero,  
pues acuden a su mente  
de otro tiempo los recuerdos.*

*Él también, cuando era niño,  
en la fiesta del colegio,  
cantaba los villancicos  
con los demás compañeros,  
y en torno del arbolito  
de flores y luces lleno,  
recibía el aguinaldo  
que le daban sus maestros.  
Y ahora... ¿mas qué fulgor  
es el que se ve a lo lejos?  
Ya se acerca: es un navío  
que ofrece bonito aspecto.  
De sus mástiles y vergas  
penden lindos reverberos,  
cuyas luces de colores  
en la mar tienen reflejo.  
Cantos, música, alegría,  
dicen que los marineros  
celebran también a bordo  
el memorable suceso.  
Al llegar cerca del faro  
un ¡hurra! dan placentero,  
y una voz fresca y sonora  
este cantar lanza al viento:  
— Como la luz que da el faro  
alegra a los marineros,  
también alegra a los hombres  
Jesús, con su Nacimiento.  
Gloria a nuestro Salvador,  
que la paz nos trae del cielo:  
¡Vivan los pueblos cristianos!  
¡Salud, hermano torrero!  
Y aquel hermoso navío,  
en donde reina el contento,  
hacia las cercanas costas  
sigue su ruta sereno.  
Y en tanto, dentro del faro,  
gozoso queda el torrero,  
que unción divina y sagrada  
es la comunión de afectos;  
y Jesús, en esta noche,  
también es su compañero,  
porque Él mora con el alma  
del que le adora creyendo.*

*Mar proceloso es el mundo  
y está de arrecifes lleno,  
do naufragar puede el alma  
y hundirse en abismo eterno;  
mas lo mismo que en el faro  
vigilante está el torrero,  
cuidando de que la luz  
dé su brillante reflejo,  
así el cristiano que anuncia  
las nuevas del Evangelio,  
a las almas luz envía  
que sale del faro eterno,  
y la nave de la vida  
bogarà con rumbo cierto,  
entre escollos y oleajes,  
entre la bruma y el viento,  
si el capitán que la guía  
hacia su divino puerto,  
es el mismo de quien hoy  
se celebra el Nacimiento.*

LAURA MARTÍNEZ

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA



NOCTURNO

(Narración de Navidad.)

**E**STAMOS en el mes de Tebet y es de noche. El cielo, contra su costumbre en este tiempo, se muestra estrellado; en su azul oscuro se destacan las resplandecientes y titilantes estrellas con su brillantez clara y esplendente... todo majestad y reposo.

La pequeña Bethlehem duerme tranquila y confiada. Detrás de una pequeña colina están las grandes extensiones de verdes pastos, y en ellos, a la tenue luz de unas hogueras, casi apagadas, podemos vislumbrar los cuerpos de varios hombres echados al suelo durmiendo y soñando, tal vez en sus casas y sus familias, tal vez en sus ganados, o también en la liberación de su pueblo del poder romano por el Mesías, que ellos esperaban con ansia. Más allá se ve el ganado, sin ruido en la quietud que la noche les ofrece; los perros, fieles guardianes y centinelas avisadores de cualquier acometida tanto de hombre como de fiera, también descansan y reposan al calor de la luz invitadas por la paz y tranquilidad de la noche. Hasta, Ben, el pastor centinela, que en pie y apoyado sobre su ganado, y cercano al fuego, parece meditabundo... contempla las estrellas, el firmamento, y admira también la belleza y majestad de la bóveda celeste... Es joven, hace poco tiempo que ha entrado a formar parte de aquel grupo de pastores y nunca había contemplado noche tan serena... y meditando, piensa en la llegada del Rey que ha de venir un día, de aquellas mansiones acompañado de sus huestes celestiales; y ve a los romanos derrotados por las huestes del Rey huir de Judea en tropel confuso... ¡Ah!, ¡con cuánta alegría él, Ben, el hijo de Joatam, dejaría el ganado que le había sido confiado por su padre, para servir al gran Rey, al Hijo de Dios, y aniquilar el poder que los esclaviza! ¡No se tendría por buen judío, y menos por buen bethlehemita si no contribuyera a la libertad y felicidad de su patria!

Cant de Nadal.

Aclarida,  
beneïda  
venturosa nit de Nadal!  
El món es perdia  
i Jesús naixia.  
Jesús naixia  
Jesús redimí.

Aclarida,  
beneïda  
venturosa nit de Nadal!  
Pel cel hi havia  
cants d'alegria.  
Alegrem-nos, alegrem-nos, cristians!

JOAN MARAGALL

Corría ya la tercera vigilia de la noche, continuaba la paz y tranquilidad, tanto en la pequeña ciudad como en el campo: Ben seguía con sus pensamientos guerreros, cuando apareció en el Oriente una claridad tan viva que hizo alzar los ojos al meditabundo centinela. Espantado al contemplar aquella gran claridad que se iba acercando, y siendo cada vez más intensa, empezó a dar voces pidiendo auxilio a sus dormidos compañeros, quienes, azorados, acudieron al llamamiento armados con sus cayados y hondas; mas no fué necesario que Ben les explicara dónde estaba el peligro, pues les cercó la claridad con tanta viveza, que, asombrados, mudos de terror, cayeron sobre sus rodillas, escondiendo el rostro entre sus manos ante la luz tan viva como blanca.

Cualquiera que hubiese estado en aquel lugar, hubiera creído que estaba en pleno día, aunque la luz era más blanca y más hermosa que la del sol.

En aquella situación se encontraban cuando oyeron una voz dulce, melodiosa y sonora, que les decía: «No temáis...» Y al oír voz tan bondadosa como solemne, alzaron el rostro los tímidos pastores y quedaron maravillados al contemplar el espectáculo por el cielo ofrecido.

En medio de una claridad celestial, un ángel con ropas blancas, con cabellos de oro, les decía: «No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo para vosotros y para el pueblo todo. Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo, el Señor...»

Y ¡cosa increíble!, su miedo había desaparecido y sentían una paz y tranquilidad en su corazón antes desconocida, deseando que el ángel continuase hablando y permaneciera con ellos siempre.

«... Y esto os será por señal — continuó la voz del ángel —, hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.»

Calló la voz, y en el mismo instante, como si esperasen a que el ángel terminara, los asombrados pastores vieron una multitud de ángeles semejantes al primero, que se ponían alrededor de él, cantando con voz parecida al susurro del viento y al rumor de las aguas, y que suave y lentamente iban subiendo al cielo, alabando a Dios: «Gloria en las alturas a Dios y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres».

Cuando la visión hubo desaparecido, aún los pastores oían como un suave murmullo las últimas notas del maravilloso canto, y mirándose unos a otros no acertaban a hablar por temor de turbar la agradable impresión que les había causado aquel inesperado suceso.

Por fin, uno de ellos, Ben, el más joven y más impetuoso, rompiendo el silencio, dijo: «Vamos a Bethlehem y veamos esto que ha sucedido y que Jehová el Señor se ha dignado manifestarnos», y tirando de la manga de uno de sus compañeros, empezó a andar hacia Bethlehem.

No les fué difícil a aquellos pastores

encontrar el lugar en que había nacido el Niño; ¡conocían tanto la ciudad!, así que, llegados allí, entraron en el establo de un mesón y vieron un Niño en el pesebre, envuelto en pañales, tal como les había sido dicho por el ángel.

¡Con cuánta alegría adoraron al Cristo tan esperado! No se cansaban de explicar a los padres y demás gentes que encontraron todo lo que habían oído y visto...

\*\*\*

De vuelta al campo y cuando se hubieron separado los pastores para irse a sus hogares, Ben volvió atrás, y arrodillándose allí mismo donde había aparecido el ángel, dió gracias a Jehová por el nacimiento de su Hijo y le pidió ser del Niño divino el más humilde de sus servidores. Después, volviendo al lugar donde estaba Jesús, entró, besó la punta de uno de los pañales en que estaba envuelto el Niño, y emprendió la vuelta a su casa con el corazón lleno de paz y de alegría porque había comprendido el significado de la venida del Mesías.

Al llegar a la puerta del establo volvió el rostro para contemplar otra vez al recién nacido, y vio cómo Jesús, mirándole, sonreía...

ALFREDO J. CAPÓ

Al Nacimiento de Jesús

*Bendito Salvador, Jesús glorioso,  
que viniste a la tierra desde el cielo  
a traer salvación, paz y consuelo  
y perdón gratuito al pecador.*

*Permite que mi torpe inteligencia  
dedique a tu santo Nacimiento  
unas palabras, que mi pensamiento,  
dirige a la memoria de tu amor.*

*¿Qué sería de nosotros, pecadores,  
sin tu venida humilde y cariñosa?  
Sin duda, la condenación más espantosa:  
muerte, llanto de angustia y de dolor!*

*¡Muerte eterna sin Dios, sin esperanza,  
sería nuestra triste recompensa!  
Mas ¡gloria a Dios!, en su bondad inmensa,  
te envió para ser el Salvador.*

*Nosotros, de la gloria destituídos,  
perdimos de tu imagen la inocencia,  
y sujetos a la justa sentencia  
que el Justo Juez impuso al infractor.*

*Mas Él usó de su misericordia,  
su gracia, su bondad y amor eterno,  
y nos libró de las penas del infierno  
por Ti, ¡Jesús!, amante Salvador.*

*¿Y cómo pagaremos al Buen Padre  
por nuestra salvación inmerecida?  
¿Qué nos pide Jesús por dar su vida?  
Sólo la fe nos pide el Redentor.*

*Confíemos en Él, Manso Cordero,  
que nació y vivió con gran pobreza  
para dejarnos la mayor riqueza,  
la segura y eterna Salvación.*

*José MORENO*



## Esfuerzo Cristiano

### Gratitud.

Dom., 30 de Diciembre. Sal. 147, 1-20.

#### Lecturas diarias.

|            |                                   |                  |
|------------|-----------------------------------|------------------|
| Lunes . .  | La ofrenda de Abel . .            | Gén., 4, 3-8.    |
| Martes . . | Canto de gratitud. . .            | Ex., 15, 1-8,    |
| Miércoles. | Convocando a alabanza. . . . .    | Sal. 100.        |
| Jueves . . | Cristianos dando gracias. . . . . | Hech., 4, 23-31. |
| Viernes .  | Tema para gratitud. .             | Col., 1, 12-19.  |
| Sábado .   | Loor en el cielo. . . .           | Apoc., 5, 8-14.  |

#### Sugestiones.

Hoy vamos a estudiar otra de las virtudes cristianas y siendo esta reunión la última de este año, ninguna mejor que la gratitud como virtud a estudiar en esta reunión.

Puede asegurarse del corazón que posee esta virtud que es noble, y con la hermosa nobleza que nos franquea el amor de Dios.

Un corazón que no sabe recordar un bien recibido, ni agradecer los favores y beneficios que de Dios recibe, será un corazón incapaz de sentir nobles impulsos y aspiraciones elevadas.

Conviene, pues, que estudiemos con interés este asunto; que traigamos a la memoria los favores recibidos de Dios; que formemos el propósito de tener en más estima cualquiera prueba de amor que recibamos.

Esto nos prepara el camino para mayores bendiciones, pues Dios y también las personas tienen en alta estima a los que sienten verdadera gratitud por los bienes recibidos, sean pequeños o grandes.

#### Ilustraciones.

La gratitud de la semilla hacia el sol y la lluvia consiste en crecer. Lo que Dios desea más de nosotros en correspondencia a sus dones es el mismo crecimiento.

Los pájaros cantan alegremente tan pronto como despiertan por la mañana; así debiéramos emplear en alabanza los primeros minutos de cada día.

Se ve que la voz de un cantante mejora a fuerza de práctica, e igual ocurre con la gratitud, que es el canto del corazón. Ejercitémonos en ser agradecidos.

Así como las flores llevan gotas de rocío temblando en los filos de los pétalos, y pronto caen al primer impulso del viento o roce de un pájaro, así el corazón debiera tener pendientes sus amables palabras de gratitud, y al primer movimiento de favor celeste, dejarlas caer perfumadas con gratitud del corazón. — *Beecher*.

#### Temas para pensar.

¿Cómo podemos llegar a ser agradecidos para las mejores cosas?

¿Por qué debemos expresar delante de los hombres nuestra gratitud a Dios?

¿De qué estáis más agradecidos?

#### Pensamientos.

La gratitud tiene su base en la meditación. Si somos olvidadizos, seremos también desagradecidos.

Si resolviéramos no pronunciar una sola palabra, llegaríamos a ser incapaces de hablar; y así, los que cesan de dar gracias a Dios, acaban, finalmente, por ser incapaces de mostrar gratitud.

La ingratitud es traición hecha a Dios; es una negación de la bondad y amor de Dios.

## Sociedades infantiles.

### El último mandato de Cristo.

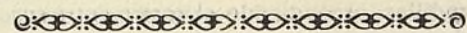
Dom., 30 de Diciembre. Mat., 28, 16-20.

Con esta lección cerramos la serie de estudios del año, y el asunto no puede ser más a propósito, pues cierra también la vida de Jesús en este mundo.

Háblese a los niños del mandato último que en esta ocasión dió Jesús a sus discípulos.

Una vez terminada su obra redentora, su deseo es que todos los hombres participen de los beneficios que aquella reporta al alma convertida.

Dígase a los niños cómo pueden también por su parte cumplir este mandato de Cristo.



## Información Evangélica.

### Fiestas de Navidad.

Domingo 23, a las seis de la tarde, culto infantil, en la Iglesia de Noviciado. Fiestas en las escuelas de Bravo Murillo, 63, y Áncora, 13, el día 22; en ésta y en Calatrava, 27, el día 23; y en Calatrava, también el 24. Todas a las cinco de la tarde.



### Día de la Paz.

La Alianza Universal, para fomentar las relaciones internacionales mediante las iglesias, ha señalado el próximo Domingo como Día de la Paz. Sobre este interesante asunto se predicará en muchas de las iglesias evangélicas.



### Cultos de Navidad.

El martes próximo, día de Navidad, se celebrarán solemnes cultos en las Iglesias del Redentor (Beneficencia) de Jesús (Calatrava) y del Salvador (Noviciado), de Madrid, a las once en punto de la mañana.



### El Comité español de la Alianza por la Paz.

Conforme a los Estatutos provisionales, preparados por el Comité interino, han sido nombrados por sus Juntas eclesiásticas respectivas los siguientes señores para formar parte del Comité definitivo: Rdos. Joaquín González, Patricio Gómez y Claudio Gutiérrez, por la Junta Regional del Sur de la Iglesia Evangélica Española; Rdos. Salvador Ramírez y Mauricio Lusa, por la Junta del Norte, y Rdos. Daniel Regaliza, Fernando Cabrera y José Pimentel, por la Iglesia Española Reformada. Se esperan otros nombramientos, los de la Junta del Centro de la I. E. E., los de la Unión Bautista y los de la Iglesia Metodista de Barcelona y Baleares.

Recomendamos este cristiano movimiento a la simpatía de nuestros lectores.

**Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA**

## Escuela Dominical

### Revista: Pablo, el cristiano universal.

30 de Diciembre.

TEXTO ÁUREO: *Para mí, el vivir es Cristo.* — Fil., 1, 21.

Hemos pasado seis meses estudiando en estas lecciones dominicales la vida del apóstol Pablo. Nuestra lección de hoy es una revista, y sugiere, como punto central, el tema de «Pablo, el cristiano universal». Su carácter es el carácter cristiano más completo que conocemos. Con toda modestia pudo decir: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo». En un sentido solamente Cristo debe ser nuestro modelo, porque solamente Cristo es un modelo perfecto. Pero en Pablo vemos cómo se puede seguir a Cristo, cómo se le puede amar, obedecer y servir de tal modo, que Cristo llegue a ser la vida misma del cristiano, como lo fué para Pablo. «Para mí, el vivir es Cristo.»

Que Pablo fuera un cristiano universal es un prodigio de la gracia divina; porque fué en su juventud el fariseo más estrecho, fanático e intolerante que pudiera encontrarse. Pero el Señor lo escogió, precisamente, para ser el campeón de la universalidad de la fe cristiana, para enseñar al mundo que «en Cristo no hay judío, ni griego, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo en todos».

Pablo es también el cristiano universal, porque en su vida brillan unidas todas las excelencias del carácter cristiano, aun las más diferentes y difíciles de combinar. Aun los mejores cristianos tienen un carácter incompleto. Ciertas virtudes se desarrollan a expensas de otras. No es fácil encontrar en una misma persona en grado superior la energía con la ternura, la fogosidad con la paciencia, la compasión con el santo aborrecimiento al mal. Hombres de temperamento batallador no suelen ser muy sensibles al cariño humano; hombres de actividad intensa no toleran fácilmente las deficiencias de sus colaboradores. Pablo armonizaba en su multiforme carácter las más diferentes excelencias que pueden adornar a un cristiano.

Lo hemos visto, heroico, en Efeso y en Jerusalem, afrontando las iras del fanatismo judío y pagano; humilde trabajador manual en Corinto, haciendo tiendas de campaña; pastor celoso y amante, al despedirse de los ancianos de Efeso; condescendiente con los hermanos de diferente opinión en Jerusalem; testigo fiel de la verdad delante de gobernadores y reyes; hombre valeroso y lleno de ánimo en el penoso viaje a Roma; hombre de oración, en las fervientes súplicas que hacía por sus hijos espirituales; hombre de corazón afectuoso, en la manera que tenía de ganar amigos y de ser amigo; hombre de fe triunfante, en la última carta que escribió en visperas de «ser ofrecido».

El Señor no ha tenido instrumento más escogido para hacer su obra en el mundo que el gran apóstol de los gentiles, el «esclavo de Jesucristo.»